

SERMON

PARA EL OCTAVO DIA DE LA NOVENA.

DE LA CASTIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

La castidad de la Santísima Virgen aventaja tanto á toda otra castidad cuanto el cielo á la tierra.

Elegit nos in ipso, ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus.

El Señor nos eligió para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

Ad Ephes. cap. I, v. 4.

Admirábamos en el discurso anterior lo sublime de la moral del Evangelio, que es una prueba clara á todas luces de la verdad y divinidad de nuestra augusta religion, é hicimos conocer que no es imposible como algunos creen reducir á la práctica los preceptos, cuyas teorías admira el mundo. ¿Dios que es la suma verdad, dijimos, habia de imponer leyes impracticables? ¿Habia de decirnos, no entrareis á la patria sino por tal puerta, al mismo tiempo que la cerrase para impedirnos la entrada? Esto no es concebible. El hombre que es reprendido por su vida sensual, ó que se ve amonestado para que mude de con-

ducta, y siga las sendas marcadas en el Evangelio, no tarda en contestar que le es imposible sufrir el fuego de sus pasiones. Es verdad que las pasiones nos cercan de continuo; pero el hombre que conoce su libertad tanto como su existencia, está dotado de razon, y esta debe servirle para apartarse de unas pasiones que por mas que sean desarregladas, nunca y bajo ningun concepto imponen una necesidad. En el siglo en que vivimos, en el que por desgracia se han estendido doctrinas condenadas por la Iglesia, no falta quien enseña que podemos salvarnos con la fé solamente, y que á Dios son de todo punto indiferentes los actos buenos ó malos de la vida del hombre. Este lamentable error, que se llama indiferentismo de las obras, lleva á muchos á su perdicion eterna, encenagándoles en los vicios. ¡Qué cosa por cierto mas ridícula que creer en Dios, en su poder, en sus leyes, y al mismo tiempo no creer en la necesidad de observar sus preceptos! Dios es justo, justísimo y nos ha dado un código de moral tan completo y tan perfecto cual no pudiera salir de un legislador que no fuera Dios. Nos ha mandado observarle, ofreciendo premios á los que así lo hagan y castigo á los transgresores. Su justicia no puede faltar por un momento, y no servirá de excusa ante su recto tribunal, el decir que no pudimos sujetar nuestras fuertes pasiones, ni otra razon que aleguemos en nuestro favor. Los preceptos de nuestro Decálogo no están escritos por el dedo de Dios para que solo los leamos y tomemos en la memoria, sino para que los practiquemos.

Cuando pongo á vuestra consideracion estas reflexiones, es porque debiendo ser el asunto que nos ha de ocupar en esta tarde la castidad de la Santísima

Virgen María, debo para exhortaros á su imitacion combatir el vicio contrario á tan hermosa virtud, tan poco amada y practicada por los hijos de la Iglesia. Por esto he creido oportuno prevenir los ánimos de aquellos que creen ser un imposible el sujetar la carne al dominio del espíritu. El apóstol San Pablo, lleno del espíritu de Dios, exhorta á los fieles de Epheso á la pureza de costumbres, haciéndoles observar que el Señor nos escogió por sí mismo para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia. *Elegit nos in ipso, ut essemus sancti et immaculati in conspectu ejus.* Y en efecto, mis hermanos, tanto como tiene de agradable á sus divinos ojos la virtud santa de la castidad, tanto aborrece al lascivo que profana su cuerpo, entregándose á los inmundos placeres de la carne. Yo necesitaria en esta tarde estar poseido del celo é inspirada elocuencia del Apóstol, para que las reflexiones cristianas que voy á dirigiros, penetraran hasta dentro de vuestros corazones, y os hiciesen conocer vuestros deberes en asunto de tanto interés para el bien de vuestras almas. La mayor parte de los crímenes que se cometen en el mundo, tienen por base ó principios el detestable vicio de la lascivia. Por seguir una pasión desordenada, el hombre abandona muchas veces á los autores de su vida, dejándoles envueltos en la mayor miseria. La mala fé, el hurto, el homicidio causado muchas veces en criminales duelos, han reconocido por autores las pasiones desordenadas que arrastran al hombre á tan lamentables escesos.

Yo, pues, deseo haceros conocer cuán hermosa es la virtud santa de la castidad y cuáles sean sus hermosos frutos, y para que os animeis á practicarla y detesteis el vicio contrario, os presentaré el bello

modelo de la Purísima María, de esa Virgen sin segunda, cuya castidad aventaja tanto á toda otra cuanto el cielo á la tierra. Quiera el Señor que decidiéndoos á practicar esta virtud angelical, os hagais acreedores á la proteccion de la Señora.

Dios de bondad, para hablar de la pureza de vuestra Santísima Madre, que tan preciosa es á vuestros divinos ojos, necesito que os digneis auxiliarme con luces superiores. Mis labios son impuros para cantar los triunfos de esa Bienaventurada Virgen. Por sus méritos y poderosa intercesion, os suplico un rayo de luz que ilumine mi entendimiento é inflame mi corazon: dignaos concedérmela, mientras nosotros la saludamos con el mayor afecto y la mas acendrada devocion. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Si leemos en el santo Evangelio la vida de Jesucristo, no podemos menos de llenarnos de admiracion al contemplar aquellas virtudes heróicas que practicó y de que nos dió ejemplo durante su peregrinacion en la tierra. La santidad que las practicó en Jesucristo es divina; pero la forma que dió á sus virtudes es acomodada á la imitacion de las criaturas. El mismo Salvador lo dijo: *discite á me*: aprended de mí. Esto no obstante, como quiera que la santidad de Jesucristo es increada, dispuso Dios un modelo de santidad creada, que estuviese mas al alcance de nuestra imitacion; y este modelo que se nos presenta fué la obra grande de todos los siglos. María, que habia de enseñarnos los caminos rectos de la virtud. «María, dice un sábio contemporáneo, no es santa como los demas santos,

en quienes la santidad es mas ó menos humana por algun lado: su santidad es absolutamente sobrehumana, sobreangélica; sobrepuja á toda proporcion, á todo pensamiento ó concepto; se pierde en elevacion en una especie de infinito; que es creada relativamente al Creador respecto de Dios; pero que repitiendo las palabras de Gerson, constituye una gerarquía única, y que es inmediatamente la segunda despues de la gerarquía soberana de la Trinidad (1).»

María, pues, que escede en perfeccion y en amor á todas las Madres, desea para los que somos sus hijos la mayor felicidad. Esto es muy natural en una Madre tan caritativa como la que nos dejó Jesucristo en su último Testamento. A la verdadera y positiva felicidad, camínase por las virtudes, y con el ejemplo de las suyas se propone guiarnos. Nos ha enseñado ya, en el curso de esta Novena, poniendo delante de nuestros ojos la regla de su conducta, y haciéndonos ver para nuestra instruccion el modo tan heroico como practicó varias virtudes. Hoy se nos presenta como modelo el mas perfecto de castidad. ¡Qué gozo seria para esta purísima criatura, para esta cariñosa Madre, el que animados por su ejemplo, nos dedicásemos á la práctica de esta virtud, que forma la perla mas brillante y resplandeciente en la corona de sus heroicas virtudes! Discurrámos.

Los Santos Padres, hánse detenido siempre al hablar de la virginidad de la Madre de Dios y no han encontrado espresiones bastante elocuentes con que admirarla. San Agustin, predicando sobre su Natividad, se transporta de alegría y fuera de sí de admiracion,

(1) - Augusto Nicolás. Nuevos estudios sobre el cristianismo. El plan divino y la Virgen Maria. Cap. VII.

esclama entusiasmado, mil loores al Sol de justicia Cristo Jesus, y dirigiéndose luego á María, dícele: ¿Cómo se formó entre los lirios de vuestra virginal pureza el precioso fruto de vuestro seno? ¿Cómo pudo ser que el que hizo todas las cosas y á vos mismo os hizo, se ha hecho en vos y por vos, y que vuestro padre, sea vuestro Hijo? ¿Cómo sois al mismo tiempo su Padre y su madre, conservando siempre tan perfecta virginidad con tan admirable fecundidad? ¿Cómo habeis merecido tan grande beneficio? ¿Cómo os dispusisteis para tan alta dignidad? Decidme en suma, ¿cómo llegásteis á alcanzarla? A todo lo cual le hace responder el mismo San Agustin. *Oblatio mea est virginitatis promissio*. Prometí al Padre Eterno permanecer siempre vírgen: *Oblatio mea est humilitas*. Ved aquí, devotos de María, la lucha, digámoslo así, de virtudes con virtudes, de gracia con gracia. Para ser Madre de Dios se conserva Vírgen: para recibir la gran dignidad, se anonada y se humilla.

Aun no tenia la edad en que nosotros llegamos al uso de la razon, y deseando unirse estrechamente á su Dios, queriendo ser toda para aquel que la habia criado, y nada para el mundo, hace voto de perpétua virginidad. Admirados por demas y suspensos quedarían los sacerdotes del templo al escuchar la firme resolucion de aquella tierna niña. Ya habian observado su silencio, su mortificacion, su profundísima humildad, su ardiente caridad, y al ver que se consagra á Dios por un indisoluble voto, no saben qué pensar de aquella bendita criatura. Figuraos, amados fieles, que María hace este ofrecimiento de su virginidad en unos tiempos en que el matrimonio estaba en grande estimacion y la continencia despreciada. María lo sabe,

¿y será esto motivo suficiente para que varíe de resolución? Temerosa de perder el aprecio y la estimación pública, ¿titubeará en sus santos propósitos? No, señores: todo lo perderá María gustosa antes de dejar de estar unida á su Dios para siempre. Y vosotros, sacerdotes del templo, no discurreis mas sobre la determinación de esta inocentísima doncella. Esta es aquella Virgen admirable á quien pintara el Profeta de los Salmos, trayendo en pos de sí innumerables vírgenes. Esta es aquella criatura felicísima sobre toda ponderación que fué anunciada por el mismo Dios en el Paraíso: es la Maestra soberana de las naciones, que con su ejemplo enseñará al mundo lo precioso de esta virtud resplandeciente: es, en suma, la purísima criatura anunciada bajo tan bellos tipos por Isaias y los demás Profetas. ¿No habeis leído en las Santas Escrituras que una Virgen concebiria y daria á luz un Hijo? Pues bien, esta criatura, esta Virgen singular que se consagra toda á Dios, es esa mujer bienaventurada que el mundo espera para que produzca al Salvador.

En vano le hubieran propuesto á María los mas ventajosos enlaces: en vano le hubiera ofrecido su mano cualquier príncipe temporal, ó cualquier otro hombre que á una fortuna inmensa hubiese juntado una reputación á toda prueba. Todo lo hubiera despreciado por conservar la joya estimable de su virginidad y pureza. Ella queria parecer bien á los ojos de Dios, y nada le importaba de la crítica del mundo. ¡Oh, si nosotros pensáramos del mismo modo! ¡Cuán diversa seria nuestra suerte! Si se une en matrimonio con el bendito José, es por ser esta la voluntad de Dios á la que ella se conforma. Pero su virginidad no padece menoscabo. Una mujer virgen se une á un hombre

virgen: una mujer pura á un hombre inmaculado. Tal vez me preguntéis: ¿cómo pudo María tomar por esposo á José despues de haberse consagrado á Dios con voto de virginidad? Yo satisfaré vuestra curiosidad en pocas palabras, diciéndoos con Hugo de San Victor, que el matrimonio de José fué compatible con su voto, porque gobernándose ella siempre por las luces del Espíritu Santo, que jamás le faltaban, sabia por revelación que la alianza que contraia con aquel justo nunca llegaria á nada terreno ni carnal: esto no obstante caen en un error los que creen que no habiéndose conocido segun la carne estos santísimo esposos, no hubo entre ellos verdadero matrimonio. ¿Cuáles son los bienes del matrimonio? No son otros que *bonum Fidei*, *bonum Prolis* y *bonum Sacramenti*. Veamos en que consisten estos bienes del matrimonio. *Bonum Fidei*: consiste la fidelidad en que uno á otro no se defrauden los esposos, y tuvo este bien tan santo matrimonio, toda vez que se guardaron fidelidad y vivieron juntos en pureza y santidad. El *bonum Prolis* no significa que precisa y necesariamente hayan de tener hijos, sino que si se juntan y los tienen, los eduquen en el santo temor de Dios, guiándolos para el cielo: hubo este bien en el matrimonio de José y María, pues que alimentaron y cuidaron con el mayor esmero á Jesus, á quien concibió María por obra del Espíritu Santo. El *bonum Sacramenti* significa que el matrimonio consumado es ya indisoluble, pues que esta union representa, como dice San Pablo, la de Cristo con la Iglesia (1). No podemos decir propiamente que hubo este bien en el matrimonio rato de

(1) Sacramentum hoc magnum est: ego autem dico in Christo et in Ecclesia. Ad. Ephes. cap. V, v. 32.

José y María, pues aun no estaba instituido este sacramento; pero sí tuvieron el bien que dá este Sacramento, que es el no haber disuelto el vínculo matrimonial.

Ved aquí satisfecha la duda de si pudo tomar la Santísima Virgen á San José por esposo: ella es cierto que tiene ofrecida á Dios su virginidad, y sin embargo de esto se entrega en matrimonio á un hombre, pero es porque sabe que esta es la voluntad de Dios, y que este varon justo ha de ser el custodio de su misma virginidad. Para que comprendais lo heroico de la virtud de la castidad de María, quiero haceros observar que no tuvo ni aun tentaciones, porque como no tenia parte en el pecado de origen, jamás se atrevió el demonio á acercarse á aquella criatura singular en quien no habia tenido parte ni un solo instante. Su constante voluntad fué la de conservar siempre la pureza de su cuerpo, como la conservó. Antes y despues de ella, habrá y en efecto ha habido quien se haya distinguido por la virtud de la castidad. ¿Pero quién como ella podrá gloriarse de no haber sentido jamás un movimiento desordenado? ¿Quién podrá decir que ha conservado una virginidad inmaculada y tranquila como María? Nadie seguramente, porque los mismos santos tuvieron que luchar con tentaciones, de las cuales, como hemos insinuado, vióse libre la Señora. Preguntad á un San Antonio Abad, á quien por muchos años mortificó el enemigo de nuestra salvacion, tentándole y poniendo ante su vista representaciones impuras, como red de ardid maldito para ver de hacerle caer, lo que no consiguió. Preguntad á un San Gerónimo, y os dirá que en medio del desierto y á través de la mas

áspera penitencia no podia resistir el ardor de su carne y la rebelion de sus pasiones. Gran mérito adquirieron en la presencia de Dios estos virtuosos varones, porque en medio del fuego de las tentaciones salieron sin que les prendiesen sus chispas. Pero no pueden compararse con aquella purísima Virgen, con aquella hermosísima criatura, cuya virginidad es sin disputa mas escelente que la de los mismos ángeles: pues que si los ángeles son vírgenes por naturaleza, María lo es por gracia: nada de admirable tiene la virginidad de los espíritus angélicos, que por necesidad tienen que serlo, pero es admirable y mas escelente la virginidad de María, toda vez que era en ella acto voluntario.

Con razon, pues, ¡oh angelical María! con razon los Padres de la Iglesia hánse esforzado por aclamaros con las mas bellas espresiones: con razon os han formado brillantísimas diademas de justas alabanzas y merecidos loores. ¿Quién te enseñó, oh Virgen, la pregunta San Bernardo, á agradar á Dios con la virginidad, á vivir en la tierra vida de ángeles (1)? María, mis hermanos, es el mas perfecto modelo de castidad presentado por Dios al mundo para nuestro ejemplo. Llena la Iglesia del mayor alborozo la preconiza y la aclama, no solamente Virgen, sino Virgen de las vírgenes, es decir Reina y Soberana de todas las vírgenes, porque á todas las escede en castidad y pureza. ¡Ah! Que yo no puedo menos de fijar mi imaginacion en aquellas palabras de sorpresa que María dirigia al embajador celestial que á ella se presenta para comunicarla la nueva de su

(1) ¿O Virgo, quis te docuit Deo placere virginitate, et in terris angelicam ducere vitam? Hom. Sup. Miss.